

LA UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS, 1850-1919*

Mario Miguel Meza Bazán**

* Garfias Dávila, Marcos (2010), *La formación de la Universidad Moderna en el Perú. San Marcos. 1850-1919*, Lima, Asamblea Nacional de Rectores (ANR). 204 p.
**Doctor en Historia por El Colegio de México. Profesor tiempo parcial en la Universidad Nacional Federico Villarreal de Lima. Correo e: mmeza@colmex.mx



Introducción

En Perú no existen muchos estudios sobre la historia de las universidades desde su fundación hasta el presente. Más aún, llama la atención que estas casas de formación del espíritu, académica, intelectual, profesional y, por qué no, política también, no hayan incentivado más estudios sobre su papel en la vida de un país, más aún cuando éstas han cumplido más de cuatro y medio siglos de existencia¹.

Las razones pueden ser múltiples: desconocimiento, falta de interés, conformismo con las imágenes estereotipadas de una realidad, y puede completar esta lista el papel secundario que se le ha dado a la universidad, especialmente pública, en la construcción de una sociedad conducida por la racionalidad discursiva de la inteligencia crítica.

Estos estudios contribuyen al mismo tiempo a escudriñar cuáles fueron los orígenes de la universidad y qué papel les correspondió en determinados momentos de la historia en el país andino. En este escenario la historia de la principal universidad del Perú y la única de Lima durante mucho tiempo, la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (conocida por sus siglas como UNMSM), se impone como una necesidad imperativa en los estudios de las universidades en los Andes. El estudio de Marcos Garfias titulada *La formación de la Universidad Moderna en el Perú. San Marcos. 1850 - 1919*, elaborada inicialmente como tesis para obtener su título de Licenciado en Historia en la Universidad San Marcos en el 2009 y premiada como la mejor tesis de licenciatura en el año 2010 por la Asamblea Nacional de Rectores, llena este requerimiento.

El tema, por otro lado, resulta crucial para plantearnos cuál es la función de la universidad pública en sociedades marcadas por transformaciones sociales. Aquí señalaremos sólo algunos temas que el libro desarrolla: la modernización académico institucional, la autonomía universitaria, las reformas y el financiamiento presupuestal y la actitud de las élites políticas con respecto a la universidad pública nacional.

A estas alturas podría parecer un tema obvio asociar a la Universidad con la modernidad, no obstante, como sugiere el autor, el tránsito de tal asociación no fue sencillo y mucho menos corto. La introducción y el capítulo 1 están dedicados íntegramente a ello. La Universidad de San Marcos, una creación temprana del régimen colonial hispánico en el siglo XVI, puso sus propias vallas para su modernización posterior. Impulsada por el estado colonial borbónico, empeñado en reformarse a sí mismo para una mejor extracción de recursos de sus hijos de ultramar, colisionó directamente con los intereses de una academia anclada en el mundo de la escolástica,

¹ Las universidades más antiguas creadas en el Perú son: Universidad San Marcos en Lima en 1551; Universidad San Cristóbal de Huamanga en Ayacucho en 1677; Universidad San Antonio de Abad en Cusco en 1692; Universidad San Ignacio en Cusco 1621 (desparecida); Universidad Nacional de Trujillo en 1824 y Universidad San Agustín en Arequipa en 1827 ambas del periodo republicano.

el regalismo y las doctrinas teológicas de derecho divino de fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX.

Estas resistencias llegaban a tal punto, especialmente en la sociedad limeña colonial, que la propia corona decidió abandonar el tradicional campo universitario sobre el que había fundado uno de los pilares de su dominio, para sustituirlo con la formación de colegios que transmitieran su nueva filosofía y prácticas de gobierno. La creación del Convictorio Real de San Carlos para letrados de formación media y del Colegio de Medicina de San Fernando, constituyeron respuestas de la corona frente a la resistencia de la primera universidad en los Andes para cumplir bajo el paraguas del racionalismo de las luces y la ilustración, las políticas de modernización de las sociedades hispánicas coloniales. La independencia en 1821 no cambió este cuadro contradictorio entre la academia ilustrada de los colegios (el Convictorio se convirtió en Colegio Mayor y el Colegio de Medicina de San Fernando se mantuvo igual) frente al conservadurismo reaccionario de la Universidad de San Marcos al que se le sumaría el seminario de Santo Toribio, especializado en la formación de teólogos y clérigos. En todo caso, lo que la independencia si afirmó en este periodo fue la intromisión de los poderes del Estado republicano sobre la tan perorada “autonomía de fueros universitarios”, y ésto podía ser así más allá de si efectivamente buscara o no mejorar la calidad de la educación superior.

La paradoja del tema de la autonomía universitaria está ligada a este hecho de origen, que podemos comprobar hasta hoy y que el propio autor anota en varios momentos de la historia que relata (pp. 55 -60, 79-84), y es que efectivamente, el poder político podía intervenir en los fueros universitarios más allá de los derechos que la constitución y las leyes nacionales podían asegurarle. Garfias señala de esta manera que sólo tras la consolidación de las élites laicas ilustradas en estas instituciones extra universitarias tras la independencia y su relevo a mediados del siglo XIX por corrientes liberales más declaradamente anticlericales, se inició una lucha más efectiva por quebrar desde afuera de la universidad las resistencias políticas de sus autoridades, para empujarlas compulsivamente a la modernización del claustro (pp. 60 -65). En un contexto en que el nuevo modelo económico de exportación, basado en la venta del guano de aves de las islas marinas, era capaz de proveer de ingentes recursos al Estado, los liberales que promovían la supremacía del poder estatal por sobre cualquier administración de antiguo régimen, parecía efectivamente plausible hacer la modernización de la Universidad sin que les preocupara para nada el tema de la autonomía.

Más allá de estas consideraciones planteadas muy bien por el autor, la finalidad del programa liberal universitario era constituir un modelo de universidad basado en la formación de profesionales y docentes, capaz de responder esencialmente a las necesidades de un Estado central fuerte inspirándose en el modelo universitario francés napoleónico (p. 70). En este sentido Garfias describe varios aspectos de una reforma que reflejó una parte importante del proyecto liberal para formar desde la academia una educación

superior basada en valores científicos, humanísticos e intelectuales con una mayor identificación con el Estado nacional. La reestructuración organizativa institucional y de educación intermedia mediante la fusión del Colegio Mayor de San Carlos y de San Fernando con la Universidad de San Marcos; y, la reforma total de los regímenes académicos y de contenidos curriculares para la creación de nuevas facultades con carreras profesionales alineadas a las necesidades burocráticas del Estado, estaba encaminada hacia este fin.

Cabe señalar, sin embargo, que esta actitud por reformar a la universidad respondió en buena parte también a un cambio en la correlación de fuerzas políticas, que aunque el autor no lo dice expresamente, sí da pistas para entender cómo la intención misma de modernizar a la universidad o peor aún, con la intención de hacerla funcional al poder, no se mostró ni tan estable ni altamente comprometido con ello. Una visión de más largo plazo, que el autor expone en la segunda parte del libro, nos muestra efectivamente, cuál era la actitud real de las élites políticas en el poder y que explica por qué estas reformas no bastaron para consolidar la modernización de la Universidad San Marcos entre el siglo XIX y XX.

Un aspecto adicional al tema de las reformas y la política estatal es lo que el autor considera, en principio, que si bien la universidad si era funcional al poder político establecido, existía también espacios para la crítica que a la larga terminaron afectándola antes que beneficiéndola (p. 151). La observación parece correcta, sin embargo es difícil asumir que la existencia de dichas posturas críticas fuese un motivo suficiente para no concitar el entusiasmo de todas las élites políticas, para convertir a la universidad pública en un referente fundamental del régimen político peruano entre los siglos XIX y XX. En el mundo han habido universidades mucho más críticas con su régimen social y político y han tenido mejores apoyos institucionales de sus Estados. Mi hipótesis es que, para las élites políticas, más importante que el destino de la universidad lo eran las componendas para controlar el Estado. En última instancia, los que determinaron el bloqueo a la voluntad de los políticos para modernizar la universidad no fueron más que los mismos políticos. Esta aparente paradoja lo anota el propio autor en la actitud del Parlamento Nacional, que autorizaba el reparto de los presupuestos que les correspondía a la universidad con otras instituciones de instrucción superior pero en proporciones que no cubrían al supuesto papel que le asignaban en la sociedad. A fines del siglo XIX y las dos primeras décadas del siglo XX, en medio de una coyuntura fiscal favorable, los parlamentarios repartían los ingresos con otros institutos técnicos de educación superior ligada al fomento de la explotación de industrias locales más cercanas a sus ámbitos de dominio. En otras palabras, el discurso oficial de apoyo a la actividad académica, científica e intelectual universitario para un desarrollo moderno del país no calaba en los intereses políticos de los parlamentarios (pp. 152-155).

El autor señala también que la ilusión liberal y de sus herederos positivistas, vinculados a la dirección académica de la universidad, siguió conservando el convencimiento doctrinal que debía ser ella la que debía desa-

rrollar una escuela de cuadros aptos para crear y consolidar instituciones nacionales sólidas. En la realidad estos deseos caían en saco roto más que por el marcado acento anti estatal de los poderes fácticos de los terratenientes, la Iglesia Católica y la propia precariedad de los partidos políticos para afianzar sus convicciones por las instituciones republicanas, por el escaso interés de implementar una política universitaria más duradera. Esta contradicción se reflejó mejor durante y después de la guerra con Chile (1879-1883). A la Universidad San Marcos le costó muchos años recuperarse de esa pérdida material y espiritual (recién en el 2007 el gobierno de ese país devolvió los libros que había sustraído de la Biblioteca Nacional durante la guerra, entre ellos pueden estar varios libros de la Universidad), pero las carencias de la misma se agudizaron en este contexto no sólo por la restricción de recursos fiscales, sino por el precario convencimiento de las élites políticas para potenciar la modernización del país a través de la universidad.

No se puede descartar, sin embargo, que la guerra si marcara en el fondo un giro fundamental en el deseo de las élites políticas para convertir a la universidad, bajo el credo liberal y positivista, en un puntal de un desarrollo más científico y nacional del país, tal como lo señala Marco Garfias en el capítulo cinco de su libro. Paradójicamente, lo hemos señalado líneas arriba, esta es la época en que precisamente la Universidad tenía que competir con otras instituciones superiores educativas para mejorar sus magros recursos. Más aún, esta situación resulta más paradójica cuando la reconexión entre asuntos públicos de los políticos más prominentes del país se mezclaba con su papel de directivos universitarios, restableciendo un viejo control de la universidad y la política previo a la guerra. ¿A qué se debe entonces que allí donde se desarrollaban complejas interacciones entre el poder político y la poderosa influencia intelectual de maestros universitarios san marquinos se hiciese evidente la relativa debilidad institucional de la Universidad más antigua del país? El autor señala que la propia universidad al ser un nicho de élites letreadas, especialmente de la capital, que podían ser al mismo tiempo parte de las élites hegemónicas y por tanto un sector crítico de su propia clase social y política a la que le achacaba de ser incapaz para aceptar la modernización del país, la marcase a través de su presupuesto de funcionamiento, con un destino desfavorable (pp. 155 - 156).

Esta afirmación del autor me parece crucial y sería correcta en la medida que identifiquemos efectivamente a los parlamentarios que se oponían a una mejora sustantiva de la universidad. En principio el autor los identifica con los representantes de provincias, vinculados a los grupos de poder regional y local, especialmente aquellos llamados gamonales, sin embargo uno no puede dejar de preguntarse si la intransigencia se debía exclusivamente a las élites parlamentarias, especialmente provincianas y sin conexiones con la Universidad San Marcos, que decidían no dar los recursos que la universidad requería. Las ironías de la historia mostrarían entonces que los hijos de esas mismas élites provincianas, resistentes a la imposición

modernizadora liberal y positivista del país en el parlamento y el gobierno, llegarían por esos mismos años a la Universidad de San Marcos (véase esta descripción en las pp. 122 – 125) para replantear desde sus propios puntos de vista, reformas que los enfrentarían a sus maestros liberales, positivistas e idealistas sobre el país que querían formar y que terminarían con la fundación de una nueva universidad católica y de tinte conservadora en 1917, mientras que la Universidad de San Marcos se embarcaría en intentar aplicar las reformas que se impulsaban desde la Universidad de Córdoba.

De este modo encontramos en el trabajo de Marcos Garfias una de las lecturas más sugerentes y apasionantes sobre el proyecto político modernizador de universidad, que enlaza las dimensiones académicos institucionales con los aspectos políticos culturales del poder saber de occidente trasplantado en los Andes de los siglos xix y xx, y que toma forma en una narración ágil y documentada de la cuatricentenaria Universidad de San Marcos.